

Qué enseñamos cuando enseñamos escritura: Un gran cuadro en un marco pequeño¹

CHARLES BAZERMAN

Traducción al español: Laura Ferreyra

Enseñar escritura es una profesión inmensamente gratificante, aun cuando el trabajo es agotador y a menudo carece de condiciones y recompensa adecuadas. Les brindamos a los estudiantes el clima, tareas y recursos necesarios para que sean más coherentes y críticos en su pensamiento, mientras ellos comparten en su escritura experiencias, alegrías, traumas y logros. Los observamos a medida que crecen como personas y como intelectuales. Los vemos trabajar duro para incluir en su mundo pensamientos y experiencias, y para superar los límites de sus cavilaciones. A la vez, los preparamos para logros futuros, sea cual fuere la materia que estudien, el campo a que se dediquen o la carrera que elijan.

Al enseñar escritura, las conexiones inmediatas nos llevan más allá de nosotros mismos y de los límites de nuestra energía. Esto nos deja, a

¹ Publicado originalmente como Bazerman, C. (2023). What We Teach When We Teach Writing: A Big Picture in a Small Frame. En P. M. Rogers, D. R. Russell, P. Carlino, y J. M. Marine (eds.), *Writing as a Human Activity: Implications and Applications of the Work of Charles Bazerman* (pp. 415-421). Colorado: The WAC Clearinghouse, University Press of Colorado. <https://doi.org/10.37514/PER-B.2023.1800>. Incluido en este volumen como capítulo.

menudo, demasiado agotados para contemplar el alcance y relevancia del emprendimiento que iniciamos, lo variada y compleja que es la escritura, cómo forma los vínculos y el alma del mundo moderno, y hasta qué punto hace que los seres humanos alfabetizados seamos hoy lo que somos. Con el privilegio de una posición que me permite explorar la inmensidad de la escritura, he tratado de brindar a nuestra agotadora profesión lo que yo y muchos otros hemos descubierto a través de la publicación de investigaciones, volúmenes editados, libros y series de referencia; sin embargo, frecuentemente siento que falta el gran cuadro, ya que todas esas publicaciones son demasiado puntuales, particularizadas, abstractas, o extensas. Los lectores pueden llegar a sentirse atraídos por una idea, pero sin conectarla con el gran cuadro. Se sabe que James Joyce dijo que le llevó diecisiete años escribir *El velorio de Finnegan* (1957), de manera que a quienes lo lean debería llevarles ese tiempo leerlo. Aunque me doy cuenta del desatino de esa idea, no quisiera condenar a mis pobres lectores a una pasantía de cincuenta años, solo para que compartan conmigo el derrotero que me llevó a la conclusión de este cuadro. Después de todo, en su introducción a *Lolita* (1955), Nabokov dijo que la novela estaba inspirada en un relato de periódico sobre un chimpancé cautivo a quien se le enseñó a dibujar y todo lo que hizo fue los barrotes de su jaula. Este portfolio de imágenes podría ser de interés durante un minuto o dos, no más. Veamos si la visión de mi jaula puede atraer la atención de ustedes durante algunos más.

Mi relato incluirá una serie de descubrimientos que fui experimentando, dadas las contingencias de mi vida, la época en que crecí, rodeado de colegas docentes y académicos de la escritura y de otros campos, y la manera en que amplié mi conocimiento a partir de sus investigaciones e ideas. Ya he contado la historia de esas contingencias y su impacto en mi desarrollo como escritor en mi autoetnografía en formato de libro, cómo llegué a ser el escritor que soy (2023). También he escrito sobre el trabajo de mis colegas académicos en numerosas publicaciones, en especial en mi *Teoría de la acción alfabetizada* (2013). Sin embargo, no los voy a citar aquí, aunque ustedes pueden encontrar sus pensamientos en lo que digo, ya que mi tarea es bosquejar el gran cuadro y no sintetizar literatura relevante. Necesito mantener el marco pequeño para que tenga espacio el gran cuadro. Conecto puntos sin permanecer en ellos, solo esbozando las líneas conectoras.

Llegué por primera vez al poder de la escritura a través de la lucha por encontrar significados relevantes para mi vida, mientras me deleitaba con los juegos del lenguaje, desde los trabalenguas de mi infancia y la diversión sintáctica de construir oraciones complejas en la escuela primaria, hasta escribir poesía e ingeniosa prosa literaria en la facultad. La escritura se convirtió en una forma de encontrarle sentido, valores e ideales a mi mundo. Muchos de nosotros hemos llegado a la escritura de manera similar, a través de nuestro compromiso personal con lo que podemos hacer a través de ella y con los significados que ella puede ayudarnos a descubrir. Cuando comencé a enseñar, simplemente quería compartir el poder de la palabra escrita y el de lo que podemos hacer con ella. A la vez, me enfoqué en el lenguaje propiamente dicho, de qué manera puede ser manipulado, qué puede llegar a expresar y cómo se podría compartir esa creación lingüística con nuestros estudiantes. Pero al poco tiempo me di cuenta de que ellos no habían pasado por las mismas experiencias y no siempre encontraban en la escritura la forma de expresión, descubrimiento y poder que lo hacía yo. Algunos han enfrentado obstáculos y fracasos en su educación básica de escritura y consideraban la escritura como una adversidad y de ninguna manera una motivación. Entonces yo necesitaba aprender qué era significativo para sus vidas y cómo podía la escritura ayudarlos en sus luchas y, al mismo tiempo, cómo ayudarlos a superar sus experiencias aversivas y colmadas de ansiedad en cuanto a la escritura.

Cuando comencé a enfocar me en las actitudes, sentimientos, motivaciones y necesidades de mis estudiantes, los colegas comenzaron a concentrarse en los procesos de la escritura, y cómo surgía con el tiempo cada uno de los textos, a través de distintos tipos de trabajo psicológico y compromiso personal. Asistimos a los alumnos escritores para que fueran cada vez más conscientes de sus procesos y para desarrollar las prácticas y cometidos necesarios para producir buenos textos. Así comencé a ver los beneficios del tiempo invertido en cada tarea y concentré la atención en diferentes tareas en distintos tiempos, lo cual tuvo que ser coordinado durante todo el proceso. Cada vez más vislumbré mi rol como guía de secuencias de actividades que puedan a la vez desafiar y motivarlos, mientras brindo instrucciones explícitas y guía para cada necesidad –lo cual significó que la enseñanza se convirtió en un diálogo a medida que avanzó la escritura–. Comencé a pensar más concretamente en la zona

de desarrollo próximo y cómo se dio dentro del clima social a medida que los estudiantes emprendían tareas motivacionales. El docente tenía el rol de diseñar tareas atractivas y brindar indicios o puntos de apoyo, mientras los estudiantes sorteaban dificultades para tratar de lograr y encontrarle sentido a esas tareas. Siempre ha permanecido conmigo esta idea de atraer y apoyar sus actividades de desarrollo, a medida que comencé a comprender los complejos mundos simbólicos en los que ellos aprendieron a participar a través de la escritura.

Al ingresar al ámbito de la escritura de los estudiantes conocí en lo que querían convertirse a través de su compromiso con la universidad donde se habían inscripto voluntariamente. Esto significaba visualizar la escritura como un medio no solo de éxito académico sino también de descubrimiento académico, en el proceso de encontrar significado a sus estudios. En mi aula la escritura se volvió parte del inicio a la escritura a través del currículum y luego escritura en sus lugares de trabajo –pero también fue la escritura como forma de conocer, aprender, pensar y reflexionar críticamente sobre el aprendizaje–. Al descubrir en qué medida la escritura en la universidad era un reflejo explícito de sus lecturas, llegué al punto de observar la intertextualidad de la escritura, no solo en el mundo académico, sino en general. Una gran cantidad de docentes de mi generación y posteriores ha compartido estos conceptos avanzados sobre la escritura.

Cuando comencé a investigar la escritura dentro del currículum me cuestioné las disciplinas que subyacen a él –primero fue la compleja relación entre los géneros practicados por los estudiantes en el aula y aquellos publicados por sus docentes académicos en cada disciplina–. Al observar más detenidamente estudios de ciencias sociales, encontré muchas otras maneras en las que la escritura era parte de cómo los profesionales se relacionan con su campo de conocimiento, ya sea solicitud de subsidios, informes, documentos organizacionales, o todo lo que sea parte de sus sistemas de actividades y roles que desempeñan. Comencé a considerar la gran cantidad de géneros académicos que encontré, y los ordené y organicé según los vínculos sociales y el núcleo comunicativo de sus mundos. Este ordenamiento me llevó a conocer cómo estos géneros y sistemas de actividades llegaron a ser lo que eran. Hasta el descomunal rol que juegan en nuestras vidas el dinero y la economía pueden vincularse a una historia de creaciones escritas de instrumentos financieros, comercios,

mercados, finanzas gubernamentales, normas legales, sistemas bancarios, prácticas contables, comunicación, tecnología informática y otros. A la vez tomé conciencia del desarrollo y organización del campo de los estudios de escritura y de cómo yo podía hacer un aporte para que continúe su crecimiento y se afiance su lugar dentro de lo académico. Esto se puede lograr a través de publicaciones que avancen en áreas de estudio y agreguen el conocimiento acumulado en cada campo, a través de diseñar organizaciones que creen oportunidades para la comunicación y de construir mecanismos que eleven la visibilidad y estatus de ese campo.

La organización de géneros y comunicaciones me retrotrajo a pensar en las aulas como sistemas de actividades ordenadas, con historias particulares vinculadas al desarrollo de instituciones educativas. Estas historias y las consecuentes prácticas de lectura y escritura dentro de la escolarización se diferenciaron y se situaron en países, regiones, culturas y los intereses de los cuerpos patrocinadores de la sociedad, ya sea la iglesia, el estado, benefactores adinerados, intereses comerciales o comunidades. Todo esto me ayudó a comprender mejor lo que ocurría en las aulas de las universidades donde trabajé; las diferentes actitudes, capacidades, modos sociales y conocimiento que los estudiantes aportaron desde sus particulares experiencias privadas, religiosas, familiares y de sistemas escolares públicos; y las tareas que ellos debían cumplir como desafío. Más adelante, cuando comencé a contactarme con colegas y universidades de distintos países, tomé mayor conciencia sobre cómo funcionan en particular los sistemas educativos organizados, cómo se regulan, de qué manera se basan en distintas ideologías y surgieron a partir de historias diferentes. Las prácticas y actitudes que surgen de un sistema milenario de exámenes burocráticos chinos son la consecuencia aún hoy de la escolarización china contemporánea. Los *yeshivas talmudic* tienen culturas y organizaciones absolutamente diferentes a las de sus parientes cercanos de madrasas islámicas, aun cuando en ambos casos se asigna una autoridad suprema a sus textos sagrados. Dentro de cada sistema y de cada variación educativa, y en cada sistema nacional o religioso, la escritura y su enseñanza se consideran en una posición diferenciada. Esta gran variedad me da la pauta de lo inusual que fue la tradición de composición universitaria que se desarrolló en Estados Unidos durante 150 años dentro de las expectativas, también inusuales, de la educación

general de ese país. En lo que hacemos no hay nada inevitable, lo cual es históricamente extraño en las prácticas de cualquier otro entorno, aunque tenemos nuestras razones para preferir este modelo y la forma de vida que lo sustenta.

Al tener una noción más clara de la manera en que lo académico depende de documentos, encontré una similitud en todas las esferas de la sociedad. A través de la lectura y la escritura participamos en formas de organización social a menudo distantes, ya sea en cuanto a economía, legislación, gobierno, finanzas, corporaciones, comunidades religiosas y de credos, cultura y arte. Hasta nuestra vida doméstica más privada se ve imaginada y descripta cada vez más a través de ideas expresadas en la escritura, así como nuestras expectativas y prácticas de relaciones personales están saturadas de libros de autoayuda, psicología, sociología, guía espiritual y representaciones literarias. Cada disciplina tiene sus repertorios de significados simbólicos, conocimiento, géneros, prácticas comunicativas, roles definidos y relaciones comunicativas. La erudición en historia, antropología, arqueología, evolución cultural, arte, periodismo, como también práctica literaria y retórica, me ayudaron a visualizar los cinco mil años desde la creación de la escritura como una invención cada vez más compleja de elementos entrettejidos que componen la vida moderna –maneras de pensar, comunicar, relacionar, promover valores, crear significados, unirse y participar dentro de la esfera de la actividad–. Todo esto mediado y aglutinado a través de la escritura y de modos más recientes de registrar y compartir; convirtiendo a los grupos sociales locales en parte de colectivos mayores, propagados en el espacio y el tiempo, cada vez más globales e interrelacionados, pero también brindando distintos espacios para aquellos individuos incluidos en distintos campos, cada uno dentro de ciertos momentos históricos y geográficos. Aunque todos los seres humanos tenemos las mismas características biológicas que teníamos hace 5000 años, vivimos vidas muy diferentes; realizamos trabajos diversos; conocemos, observamos y tenemos conciencia de cosas distintas; tenemos otras identidades y formas de agruparnos; y pensamos de manera dispar. Aún hoy, la gente que vive a unas pocas cuadras de distancia de otros en la misma ciudad puede desempeñarse en mundos diferentes según sus fuentes de información, identidad y trabajo que los lleve a otros que se encuentran mucho más allá de sus vecindarios.

Con esta mirada, cuando yo estaba comenzando a percibir el rol de la participación en esta historia de los últimos cinco mil años de la sociedad humana, tomé conciencia de las distintas esferas y ubicaciones de la actividad y las relaciones que crearon diferentes espacios para el desarrollo individual. Aunque esta toma de conciencia no fue al principio más que una difusa intuición, mientras más aprendí sobre la evolución diferenciada de las redes de actividades mediadas por los textos, más concretamente pude observar cómo este complejo panorama creaba distintos espacios de oportunidades para el desarrollo de individuos comprometidos con las tareas de lectura y escritura que encontraban a su paso. Estas cumplieron con percepciones individuales, necesidades, motivaciones, recursos y estados mentales, con el fin de facilitar el desarrollo individual, así como también detectar obstáculos. Las oportunidades y tareas se convirtieron en hábitat del aprendizaje y formaron zonas potenciales de desarrollo inminente, mientras que los obstáculos restringieron las posibilidades de desarrollo en la escritura. Pasar de la visión de la particularidad del desarrollo dentro de la escritura socio-histórica a tener una comprensión más concreta de la individualidad de la trayectoria en la escritura de cada persona fue un pequeño paso adelante. En consecuencia, vimos el progreso colectivo de las prácticas de escritura como resultado de todas las participaciones individuales en diferentes estadios de desarrollo dentro de las posibilidades de su tiempo. Este entorno de escritura siempre cambiante facilitó las oportunidades para el futuro desarrollo de individuos y colectivos. La variación y procesos del desarrollo personal en la escritura, junto a las consecuencias en la comunidad con vistas a una organización social humana, ofrecen posibilidades para la investigación con consecuencias directas sobre la educación, así como para el futuro de nuestra especie.

Nuestras intervenciones educativas son solo breves episodios dentro del desarrollo total de la escritura en las personas que observamos y a través de ellos el progreso en la escritura de los colectivos en los que participan. A medida que comprendemos las trayectorias individuales y colectivas dentro del espacio histórico y social en que navegamos, más posibilidades tenemos de contribuir en sus vidas y en las de la sociedad. Este concepto reconfigura con mayor firmeza y nitidez una orientación más general que me ha guiado desde mis primeras experiencias con la enseñanza.

La idea de un desarrollo a lo largo de la vida ayudó también a integrar otra dimensión de ideas interesantes, en cuanto a emociones, ansiedades y necesidades psicológicas. Como individuos, las personas no están motivadas solamente por la participación racional en prácticas sociales cognitivas, sino que además las inspiran necesidades y deseos personales, aunque también limitadas por aversiones y ansiedades. Estos temas emocionales son muy profundos, según observé cuando la escritura me ayudó a fortalecer aspectos de mi propia vida. En términos generales, el estudio reciente sobre la escritura traumática sugiere que puede afectar los fundamentos de nuestra organización neurológica, aún a nivel de impactar en nuestro sistema inmune. Un paso más allá sería considerar atípico el desarrollo en escritura de cada uno, teniendo en cuenta que esto es parte de nuestra organización neurológica y perceptiva en relación a todos los aspectos del mundo. Cada uno de nosotros se desarrolla en base a un único conjunto de condiciones neurobiológicas que están influenciadas por nuestras particulares posiciones sociales y materiales a las cuales respondemos. El extremo más visible de las personas con capacidades diferentes es que muchos de ellos deben aprender el lenguaje escrito sin el sentido del oído o la vista. El espectro autista ofrece otro conjunto reconocible de condiciones alternativas bajo las cuales algunos aprenden a usar símbolos como parte de su interacción con los demás. Pero esta diferencia individual es válida para todos nosotros, tengamos o no identificado ese desarrollo atípico.

Qué criaturas inusuales somos los seres humanos. Mientras la mayoría de los animales cuentan con alguna forma de relación social, algunos se comunican, otros hasta desarrollan culturas que pasan a través de generaciones, solamente los seres humanos leen y escriben. La lectura y la escritura han sido la base de una evolución cultural rápida y firme, produciendo de esta manera cambios a través de generaciones, así como en las condiciones y formas de aprender, pensar y actuar. En consecuencia, hemos creado espacios altamente diferenciados para nuestro desarrollo a medida que encontramos y seleccionamos en el mundo virtual de los significados disponibles en nuestro tiempo y espacio, generando posibilidades más complejas y diferenciadas para la individualidad. Ahora avanzamos mucho más allá de la comunicación neural de nuestro cuerpo físico para participar en los grandes cuerpos sociales de conocimiento, coordinación, colaboración y coordinación – así como también en el conflicto –.

Esto me retrotrae a pensar en nuestros estudiantes del siglo veintiuno, qué pasa desde el rango de experiencias educativas y culturales que tienen en sus regiones e instituciones. Ellos están tratando de recorrer el camino en el mundo. A través de la educación, buscan ingresar completamente en los ámbitos de prácticas de escritura y conocimiento que han elegido y que tienen lugar en el colectivo social. Están tratando de encontrar significado en esos mundos y participar manejando sus trayectorias de vida durante los años que tienen ante ellos. Ya no son granjeros mesopotámicos que cuentan las gavillas de granos ni monjes medievales que se dedican a mantener un conjunto de Sagradas Escrituras, ni siquiera doctores en medicina del siglo diecinueve que trabajan y contribuyen con las teorías y conocimiento de su tiempo, con los dispositivos y medidas que cuentan en ese momento. Hasta las prácticas profesionales de los contadores han cambiado radicalmente en las últimas décadas al transformar la computación las herramientas de inscripción, la preservación de registros y la contabilidad intertextual. Del mismo modo, las vidas personales y cívicas de estos mismos contadores quedan canceladas al cambiar las culturas de la escritura.

El mundo material que nos rodea puede permanecer casi sin cambio alguno (más allá de lo que los seres humanos hacen con nuestro ambiente material, a menudo con la ayuda de una planificación en escritura), pero el mundo de significados, conocimiento, interacciones, cultura y comunidad de los seres humanos está en constante modificación. Sin embargo, este mundo comunicativo saturado de símbolos sigue estando vigente solo a través de la atención y la significación que le dan los individuos, en gran medida a través de la lectura y la escritura. Nuestras prácticas comunicativas siguen bombeando energía al mundo compartido de los significados, el que, sin esa atención y compromiso activos, colapsaría tan rápido como un holograma al que desenchufaron. Pero cada pequeña parte de energía que la gente contribuye a esos significados compartidos modifica el mundo simbólico, crea nuevos significados, interacciones y organizaciones. Como docentes de escritura, capacitamos a las personas para que mantengan vívido el teatro de significado y sociedad, que preserven y logren que el ambiente simbólico construido evolucione a la distancia, y que el experimento humano de escritura continúe.

Referencias

- BAZERMAN, C. (2013). *Theory of literate action*. Fort Collins, Colorado: WAC Clearinghouse.
- BAZERMAN, C. (2023). *How I became the kind of writer I became*. Fort Collins, Colorado: WAC Clearinghouse.
- JOYCE, J. (1957). *Finnegan's wake*. Nueva York: Viking Press.
- NABOKOV, V. (1955). *Lolita*. Nueva York: Putnam & Sons.